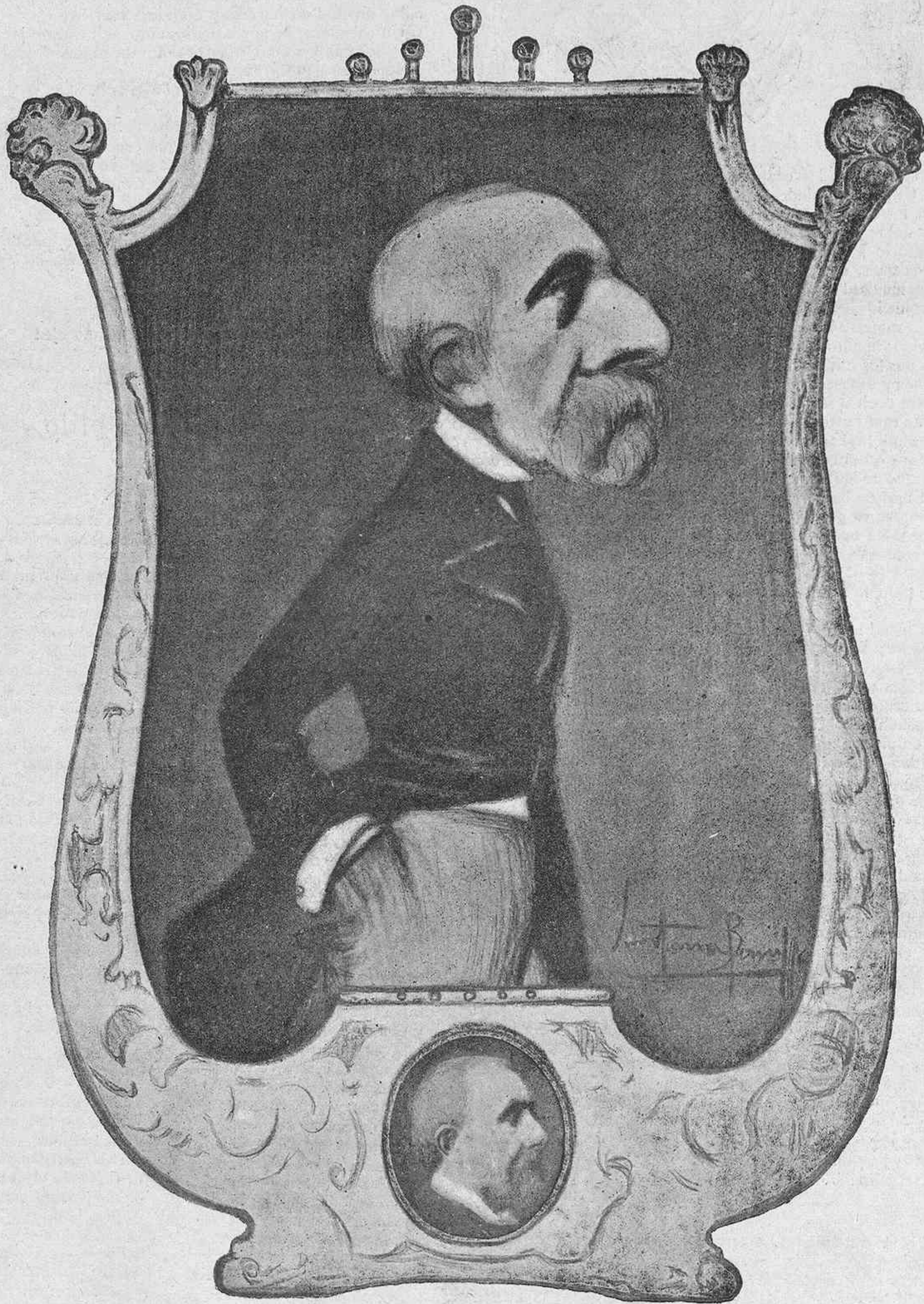


# Madrid Cómico

DIRECTOR: JOSÉ DE LA LOMA

Gaspar Núñez de Arce, Caricatura de SANTANA BONILLA



*Corona de tal engarce  
se ve en su frente brillar,  
que ya a su fulgor se esparce  
la fama de Don Gaspar  
Núñez de Arce.*

S. D.

15 CÉNTIMOS

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—De pillo á pillo, por Felipe Pérez Capo.—¿Te enteras?, por Alberto Lozano.—Los inagotables, por Luis Falca-to.—De literatura catalana, por Juan Oliva Brigdman.—Indirecta, por V. Toscano Quesada.—Desde la primera caja, habladurías teatrales, por *Un paisano de Ramón*.—Baturrillo, por *Fray Candil*.—Junto á la fosa, por Ricardo de Zavala.—Correspondencia particular.—En el año 2000, fantasía novelesca, por E. Bellamy (Continuación).—Anuncios.

GRABADOS: Gaspar Núñez de Arce, caricatura del natural, por Santana Bonilla, fotografía de Huerta.—La caza del cocodrilo, á las orillas del Nilo, historietta, por Rojas.—Actitudes femeninas, tres viñetas, por Marín.



Vuelva la calma á los espíritus.

No hay triquina en Madrid. Así lo ha declarado el Sr. Calleja, decano de la Facultad de Medicina, y el Sr. Chicote, que no es el primer actor del teatro Cómico, como han creído algunos, sino el Jefe del Laboratorio Municipal y químico notable.

Podemos, pues, entregarnos al lomo con toda confianza.

Las reses de cerda sacrificadas en el matadero, son escrupulosamente reconocidas por hombres científicos, y sólo después de un minucioso examen se les mete la cuchilla.

Ahora bien; la autoridad no responde de los cerdos que se sacrifican en los puntos enclavados fuera de puertas. Aquellas son unas reses anónimas y desaseadas, que se dejan matar en silencio y sin que se les ocurra decir á sus verdugos:

—¡No me mate usted, bárbaro! Va usted á comprometer la salud pública, porque ¡ay! tengo triquina.

Todo el que quiera conservar la salud, debe fijarse en lo que come.

Muchos que andan por ahí con granos en el pescuezo, son otras tantas víctimas de las carnes que se expenden en el extrarradio.

Hay quien se va de paseo por las tardes y no regresa al hogar sin haber comido un buen par de chuletas con patatas.

—¡Qué rico está esto!—exclama dirigiéndose al dueño del fonducho.

—Aquí, todo lo que se come es de primera—contesta el industrial.

—¿Mata usted las reses aquí?

—No, señor; las mata un amigo en su casa con *muchísima* limpieza.

—¿Las reses serán de confianza?

—¡Ya lo creo! Como que las hemos visto nacer.

El gastrónomo continúa merendando chuletas todas las tardes, hasta que empieza á notar que se le hincha la nariz, y luego un ojo, y luego el labio superior y así sucesivamente.

—¡Ay, hijo! ¡qué morros tienes!—le dice la mujer—cualquiera creería que estás aprendiendo á tocar el cornetín.

—Yo no sé qué será ésto—contesta el interesado palpándose la hinchazón—¡Bah!

Pero llega un día en que le sale un bulto en el cogote, y entonces llama al médico, y éste tuerce la boca exclamando:

—Tengo que abrir ese bulto.

—¿Para qué?—pregunta la esposa.

—Para enterarme de lo que tiene dentro.

Lo abre efectivamente... ¡Horror!

El bulto está lleno de una cosa así como sopa de tallarines.

—¡La triquina!—grita el médico tornándose pálido; y en aquella casa se desarrolla una escena de lágrimas que parte los corazones.

Por lo general, los enfermos no se mueren; pero á todos les queda una fatiga horrible y un deseo muy grande de echarse en el suelo y restregar el hocico contra la tierra. Algunos están en el café hablando con los amigos, y de pronto dice uno de éstos:

—¿Qué es lo que te sale por las ventanas de la nariz?

—No sé—contesta el interesado.

Y se lleva el pañuelo al sitio de referencia, observando con horror que lo que le ha salido son fideos.

¡Oh, la triquina! Dios nos libre de ella.

\*\*\*

Por fin, el Ayuntamiento ha terminado su programa de regocijos para celebrar la boda de la Princesa.

Entre otras cosas, á cual más dulces, habrá funciones teatrales gratuitas. Los espectadores se situarán á las puertas de los coliseos, esperando que se abran, y hecho esto, entrarán todos en tropel para apoderarse de los asientos.

¡Qué hermoso espectáculo!

Habrán quien, á fuerza de puños, consiga despejar el camino; y... no van á ser puñetazos los que reciban en la faz la señora de López y su esposo, dado su deseo de asistir á todos los espectáculos gratis.

—Por aquí, Nemesio; sígueme y no te pares—dirá ella repartiendo codazos.

—Nos vamos á perder, Eulogia—gritará él tratando de seguir á su esposa.

Y llegarán á las butacas hechos dos higos maduros.

Siempre habrá que lamentar el aplastamiento de algún niño, pues hay padres que llevan á su prole á todos los sitios en que no se paga, y aun es posible que los acomodadores tengan que recoger del suelo enaguas, zapatos, rizos, y quizás dentaduras postizas, suponiendo que haya bofetadas... que si las habrá.

Otro de los placeres con que brinda el Ayuntamiento á los vecinos, consiste en un *lunch* servido por Lhardy.

¡Por Lhardy, nada menos!

¡Cómo se van á poner de emparedados y jamón en dulce las de Ombliguete!

Bueno será que haya vigilancia y que se recuenten á menudo las cucharillas, no vaya á suceder lo que en otra cuchipanda municipal.

¿Que por qué lo digo?

Pues en una de las recepciones celebradas en el Ayuntamiento, con no sé qué motivo, hubo también comestibles, y se dió el caso de faltar muchas cucharillas y no pocas servilletas.

Un caballero, de porte distinguido, se llevó un jamón en dulce debajo del frac y á otro le sorprendió un alguacil guardándose dos tenedores.

—¿Qué hace usted?—dijole el alguacil.

Y contestó el caballero:

—Hombre, no tiene nada de particular que me lleve estos tenedorcitos. Los voy á conservar como recuerdo de este día.

A la señora de un personaje la detuvo un portero diciéndola:

—Haga usted el favor de entregarme las cucharillas.

—¿Qué cucharillas?

—Las que se lleva usted en el manguito.

—¡Jesús! ¡Qué figones son ustedes!... No puede una tomarse la menor libertad. Sepa usted, que si me llevaba las cucharillas no era para nada malo.

—Pues ¿para qué las quería usted?

—Para que jugaran los niños.

Señores del Ayuntamiento... ¡Muchísimo ojo!

LUIS TABOADA

## De pillo á pillo.

## CUENTO VIEJO

Hubo un sacristán en Riecla no sé cuándo fijamente, —pero yo sé que lo hubo, y no importa cuando fuese— andaluz y marrullero, sin dinero y con parientes, más malo que el no tener y más sabido que Lepe.

Iba el pobre mal viviendo, porque allí los feligreses eran muy piadosos todos, pero no daban aceite, y ocurrióle una mañana dando vueltas al caletre, una estratagema nueva de resultado evidente.

Y apenas lo hubo pensado, —que no es lógico que espere el que encuentra su ventura y estuvo sufriendo siempre— puso en práctica el proyecto que era del tenor siguiente: A cuantos esa mañana fueron á misa de nueve antes de entrar, en el atrio, les dijo: —«Si es que tú tienes interés por tus difuntos y esta misma tarde quieres saber en dónde se encuentran, á eso de las cuatro vete por mi casa, que yo tengo desde ayer tarde un agente invisible que me cuenta todo lo que allá sucede».

Que la cosa por lo extraña sorprendió á toda la gente tratándose de beatos y, por ende, aragoneses, opino que no es preciso que yo se lo advierta á ustedes. Si les diré que acudieron al reclamo los pobretes

y que al sacristán —jes claro! lo creyeron ciegamente.

Llegó el primero á la casa del sacristán un vejete que, en punto á marrullerías, era en el contorno célebre, y quien había perdido su mujer recientemente.

—¿Cómo por aquí tan pronto? —Ahí verás.

—¿Pero usted viene?... —A que me *igas* en dónde está Cirila.

—Corriente.— Miró el sacristán al techo y hubo una pausa.

—¿Qué tienes? —dijo el viejo:—¿Estás llorando?

¡Otral! ¿Qui penar es ese? —¡Es que está en el Purgatorio! —¡Probel!

—Y estará allí siempre. —¡Ridícal! Y ¿sufre?

—¡Está claro! Pero me dice el agente que puede salir.

—¡'icontral! ¿Cómo?

—Basta con que eche un duro sobre esa mesa.

—Si es por eso, *qui* no quede.— Y echó el duro.—Salió al cabo, gritó el sacristán ya alegre.—

Y, cogiendo el duro, el otro dijo:—¡Pus *mi* guardo éstel —¡Eso noll!

—¡Qué! ¿No ha salido? —Por eso precisamente.

—Pus, *güeno*; si ella ahora es tonta y *güelvo* á entrar, *¡qui* se amuele!

FELIPE PÉREZ CAPO

¿Te enteras? (1)

Desde la ventana de su buhardilla miraba el poeta brillar en el cielo las estrellas, como una lluvia de brillantes sobre el manto azul de la noche.

Pepita tenía la cabeza apoyada en su hombro y una de las manos marfileñas y primorosamente torneadas entre las de su amante.

—¡Tengo frío!

—¿Frío? Yo iré a la luna para traerte un traje de plata—murmuró él.

Luego, pasando repentinamente de la ternura a la cólera, dijo: —¿Y tendrás hambre también?: no hemos comido.

Al decir esto, dirigió una mirada triste a las cuartillas dispersas y a los legajos de papeles empolvados que, en desorden pintoresco, casi cubrían su mesa de trabajo.

—¡Oye, mujer; necesito que tú lo sepas: mis obras valen más que las de otros muchos; pero la literatura es un comercio: acreditada la *marca*, se despacha impunemente todo el género. Yo no puedo quejarme: solicitan mis trabajos en los periódicos, pero esto no resuelve nada. ¡Ya lo ves! Esta noche no sé de dónde sacaré dinero; ¿pedirlo? ¡jamás! sería acreditarme de *sablista*, pues lo necesito realmente; si lo pidiese para vicios, merecería más decoroso calificativo.

Hecha esta reflexión, Gustavo cogió el sombrero y abandonó su vivienda.

Marcharse de casa es el recurso de los hombres que no hallan solución para resolver dentro de ella algún arduo problema.

Tenía Gustavo veintisiete años; desde muy niño habíase agitado en esa esfera de actividad infructuosa en que se agotan las energías de los que pretenden vivir de sus producciones artísticas o literarias. Bohemio por temperamento y hasta por convicción, pasaba su vida irregular y accidentada, fiándolo todo con admirable estoicismo al porvenir, a un porvenir en el cual no confiaba sinceramente. Su carácter espontáneo le conquistó grandes amistades, irresistibles simpatías, porque hasta sus extravagancias y locuras siempre tuvieron un sello originalísimo de ingenuidad, nobleza y desprendimiento.

Al salir de su casa caminó sin rumbo fijo; llegó inconscientemente a las puertas de Fornos.

Era la hora en que adquiere este café su aspecto particularísimo: desde las dos tiene fisonomía especial, característica, exclusiva. Terminan los teatros y va la gente invadiéndole a oleadas; ocupan todas las mesas; presenta el local en pocos momentos animación extraordinaria; pasean muchos buscando dónde colocarse; los camareros circulan deprisa, repiquetea el timbre del mostrador, en cada mesa se discute en voz alta el suceso del día, el estreno de la noche; se charla de política, de caballos, de farmacia, de arte, de milicia, de leyes, de tореo, de religión... de todo, saboreando el chocolate ó escogiendo en la *lista chica* el plato predilecto, mientras una docena de mujeres (que siempre son las mismas) revolotean de mesa en mesa repartiendo saludos, sonrisas y promesas, no sin derrochar al paso los primores de sus ingenios descocados y maleantes.

Tendió el bohemio su mirada por el amplio local y fué á sentarse en el turno que de antiguo tenía escogido: una peña de jóvenes artistas y escritores. Permaneció allí solo, sin saber por qué ni para qué, aburrido, dando vueltas al problema que le hizo salir de casa, sin hallar solución aceptable; presentóse de improviso un camarada, un dibujante á quien tenía en mucha estima.

—Se te busta, ilustre vate;—dijo cómicamente encarándose con Gustavo y abrazándole—hay grandes proyectos: se trata de la fundación de un periódico monstruo y hemos contado contigo. Vamos, date prisa; nos esperan *en casa de la Concha*.



—Señorito Gustavo, anoche han traído para usted este encargo—dijo el portero, entregándole un paquete, cuando regresó á su casa, de mañana.

Eran libros.

Obra nueva de un amigo suyo: un *Tratado de heráldica*; tres tomos empastados admirablemente en tafete, con adornos dorados, edición de lujo, ilustrada con grabados soberbios, ¡un prodigio de litografía!

—Présteme usted un hijo, portero;—exclamó después de examinar rápidamente la obra.

—¡Eh!...

—Deseo que me acompañe su hijo para llevar estos libros.

—¡Eso es otra cosa!

El chico delante con ellos y él detrás, llegaron á la calle de Correos: allí no pudo hacerse negocio; al sotanillo de la de Preciados. La obra estaba nueva, aún no se había puesto á la venta; su precio era cincuenta pesetas, y el librero de viejo dió veinte por ella.

Cuando una hora más tarde su compañera despertó, un rayo alegre de sol besaba los pies del lecho y sobre la almohada había puesto un ramo de flores el poeta.

Se incorporó separando los cabellos que caían sobre su frente y sus mejillas, cabellos negros con matices azulados, igual que las alas del cuervo. Parecía el cuerpo de aquella mujer, de tez morena, muy pálida, modelado por los geniecillos que engendran las fiebres de amor; entre sus labios frescos jugueteaba una sonrisa, y á través de las pestañas rizadas brillaban sus ojos negros, profundos, misteriosos como abismos...

—¿Qué es esto?

—Ya lo ves: flores. ¿No tienes tú derecho á las flores?

—¿Derecho?

—Precisamente; ¡derecho! ¿Por qué no has de comer todos los días? Ella le miró con asombro.

—¡Lo he decidido! Quiero que almorcemos en las *Ventas* hoy;—prosiguió Gustavo—voy á explicarte un cuento muy original del escritor más elegante que conozco, del maestro en quien inspiro los míos.

—¿Cómo se llama el cuento?

Él se lo dijo en secreto.

—¿La *salsa de los caracoles*? Me intriga el título; espera, voy al momento.

Y saltó cantando del lecho como un pájaro sale del nido.



¿Qué había pasado?

Ella pensativa, contemplando desde la ventana de aquel cuartito del merendero una mariposa que volaba en el jardín, parecía querer descifrar los signos que trazaba con sus giros rápidos sobre el azul del horizonte.

—¿En qué piensas?—preguntó él.

—Vas á saberlo: cuando veníamos te separaste de mí para hablar con uno de tus amigos; sé que te avergüenzas de que te vean conmigo, y sin embargo tú me has dicho...

Inclinó la cabeza Gustavo, aturdido y confuso, como chico á quien pillan en flagrante delito de hurto.

—Pues bien; ya que me hostigas lo diré, aunque me cueste trabajo esta revelación: ese que encontramos en el camino es autor de unos libros que recibí anoche; es muy rico, escribe por distraerse, me aprecia mucho y deseaba saber mi opinión: Le dije que había hecho una buena obra y que me preparaba á saborearla.

—Bueno ¿y qué?

—Que yo he vendido sus libros.

—¿Y qué?—repitió la niña con un gracioso mohín.

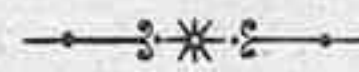
—¿Qué?... ¡Que me avergüenzo de mí mismo! Soy un hombre que no puede mantenerse con sus escritos y para eso tiene que vender los ajenos.

Sentía el bohemio, al decir esto, rabia y tristeza profunda; ante la mujer querida se abochornaba, en uno de esos instantes de amargo desaliento que únicamente suelen sufrir los grandes artistas.

Entonces ella se acercó.—¿No es más que eso? Pues no estés triste. Mi cariño es el acicate que excita tu espíritu hermoso; si el hombre para elevarse necesita el cariño de una mujer, tú tienes el mío! Ven; trabaja y serás siempre un gran poeta... ¿comprendes?

Y acercando los labios á la frente triste de su amante, dijo muy quedo cuando estallaba el beso:—¿Te enteras? ¡el mejor poeta del mundo!

ALBERTO LOZANO



Los inagotables.

Hay «genios» muy conocidos, que se prodigan de modo, que, á diario, lo invaden todo con sus nombres y apellidos.

Del garbanzo «vil» en pos, producen que es un portento, y se extiende su talento como bendición de Dios.

¡Potencia maravillosa, que el «Tostado» envidiaría!... ¡No dejan pasar un día, sin «colar» alguna cosa!

No es el caso, á la verdad, difícil de comprender, pues todos deben tener el don de la ubicuidad.

Y validos de sus artes los productos acrecientan, y un día y otro, se presentan, como Dios, en todas partes.

Todos escriben «sin freno» y así «las botas se ponen»... ¡No se cómo se componen, que lo que hacen siempre es bueno!

Deben valer mucho más que el resto de los mortales, pues resultan manantiales que no se agotan jamás.

De ellos, con torpe cinismo, algunos tontos murmuran, y muy «serios» aseguran que siempre «dicen» lo mismo.

Que, aunque fecundos parecen, sólo alcanza su talento,

á cambiar el condimento del manjar que nos ofrecen.

Y que han podido notar en uno y en otro escrito, que cocido, asado ó frito, siempre es el mismo manjar.

Los tontos dicen que estraga la repetición, el gusto; que tanto abusar no es justo; que tanto «dulce» empalaga.

Que se debe dar «un palo» sin más consideración, pues tanta repetición convierte lo bueno, en malo.

Que ya son intolerables, pues no se «achican» por nada; ¡que se mueva una cruzada contra los «inagotables»!...

Eso ya es mucho pedir, y no apruebo tales tratos. También, «aunque literatos», tienen derecho á vivir.

Y aconsejar «me» permito, y quizás algo logremos, que todos nos dediquemos á la caza del «refrito».

Los recursos necesarios hallaremos, á montón, para la persecución de esos «timos» literarios.

Eso á proponer me atrevo, para evitar que «se excedan»; y produzcan cuanto puedan, con tal de que sea nuevo...

LUIS FALCATO

1) De un libro en preparación, titulado *Cuentos madrileños*.

LA CAZA DEL COCODRILO  
A LAS ORILLAS DEL NILO.



- 1 -

De literatura catalana.

I

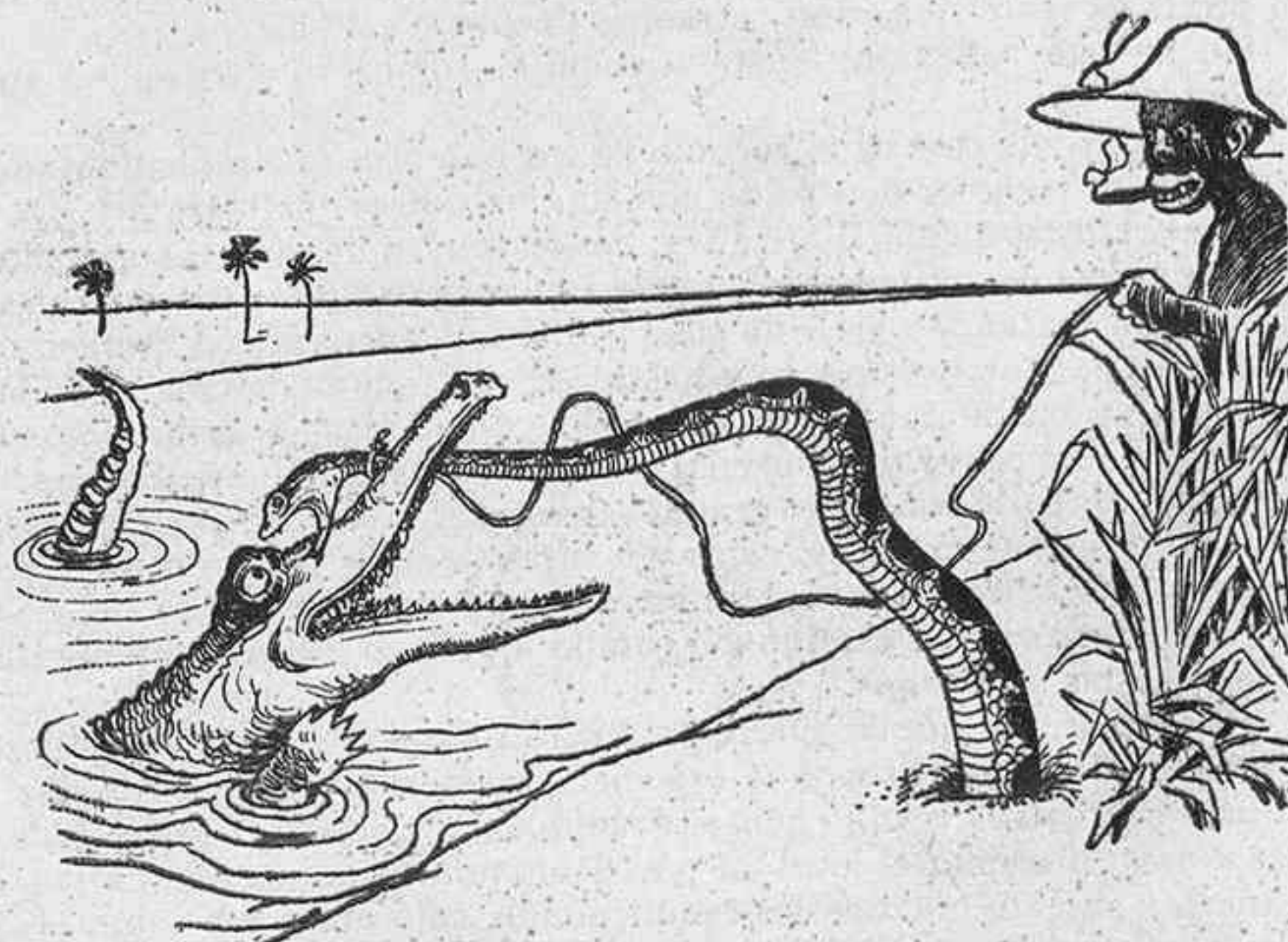
Desde el primer gigantesco paso dado por Aribau al publicar en *El Vapor*, aquella su famosísima oda *A la patria*, hasta que se celebraron los primeros Juegos florales (1859), y desde esta fecha hasta el primer domingo de Mayo de 1877, en cuyo día con el galardón concedido á Verdaguér por su «Atlántida», quedó de una vez consagrada para siempre la importancia de la literatura catalana moderna; hé aquí los dos períodos en que puede subdividirse la primera fase del renacimiento catalán. Comprende la segunda, desde el citado



- 2 -

domingo hasta los actuales tiempos, toda vez que los críticos ilustres: Ixart, Sardá, Blanco García, y demás que al estudio del renacimiento catalán dirigieron sus esfuerzos, no la juzgaron terminada, pero, creo yo, y al creer de esta suerte hágolo teniendo en cuenta los nuevos caminos por donde ha dirigido sus pasos la literatura de esta región española, que de haber vivido Ixart, hubiera puesto el «finis» á la segunda fase, para inaugurar la tercera. Mas, desgraciadamente para España, quiso la malaventura que ni aún en la república de las letras patrias brillase por mucho tiempo astro de tan vivo resplandor, y lo que de fijo hubiese realizado dejó de hacerse y las tendencias que informaron las canciones de los bandos más vigorosos y mejores que sucedieron á Verdaguér. en el triunfo, mezcláronse á través de los tiempos, confundiéndose todas en una época, con las novísimas importadas de París por Pompeyo Gener y Santiago Rusiñol.

En vez de menguar, cada día creció la necesidad de separar históricamente unos y otros sentimientos é ideales; pero muerto Ixart y luchando heroicamente con la enfermedad que le aquejaba y que por fin le llevó al sepulcro, el meritisimo Sardá, las menos que medianías críticas que les siguieron, faltas de instrucción y de aliento, concretáronse á hablar de *singularidades*, no atreviéndose ninguna á remontar el vuelo y contentándose, á la buena de Dios, con lo esta-



- 3 -

blecido. ¡Y lo más chocante es que esos críticos venían, según ellos mismos aseguraban, á romper moldes y qué se yo cuántas cosas más!

Pero, en fin, ¿que se les va á hacer? *Nemo dat quod non habet*. Me argüirán en su defensa que la división histórica en períodos de una literatura nada afecta al desarrollo de ésta, pero yo seguiré creyendo que sí, porque la misión más alta de una literatura es, para mí, la de convertirse en fuente histórica reflejando el pensamiento, las maneras de sentir y expresarse, los hábitos y costumbres en una palabra, el *alma* del tiempo en que fué creada. Y el *alma* de la Cataluña contemporánea, ó sea de la Exposición acá, diverge del espíritu que informaba á los bandos de la repetida segunda fase del renacimiento catalán.

¿Y hasta es divergencia para proceder, desde luego á la creación de una tercera fase? A mi juicio, sí. Una evolución progresiva ó regresiva determinará una separación, pero si esa separación es acci-

ACTITUDES FEMENINAS



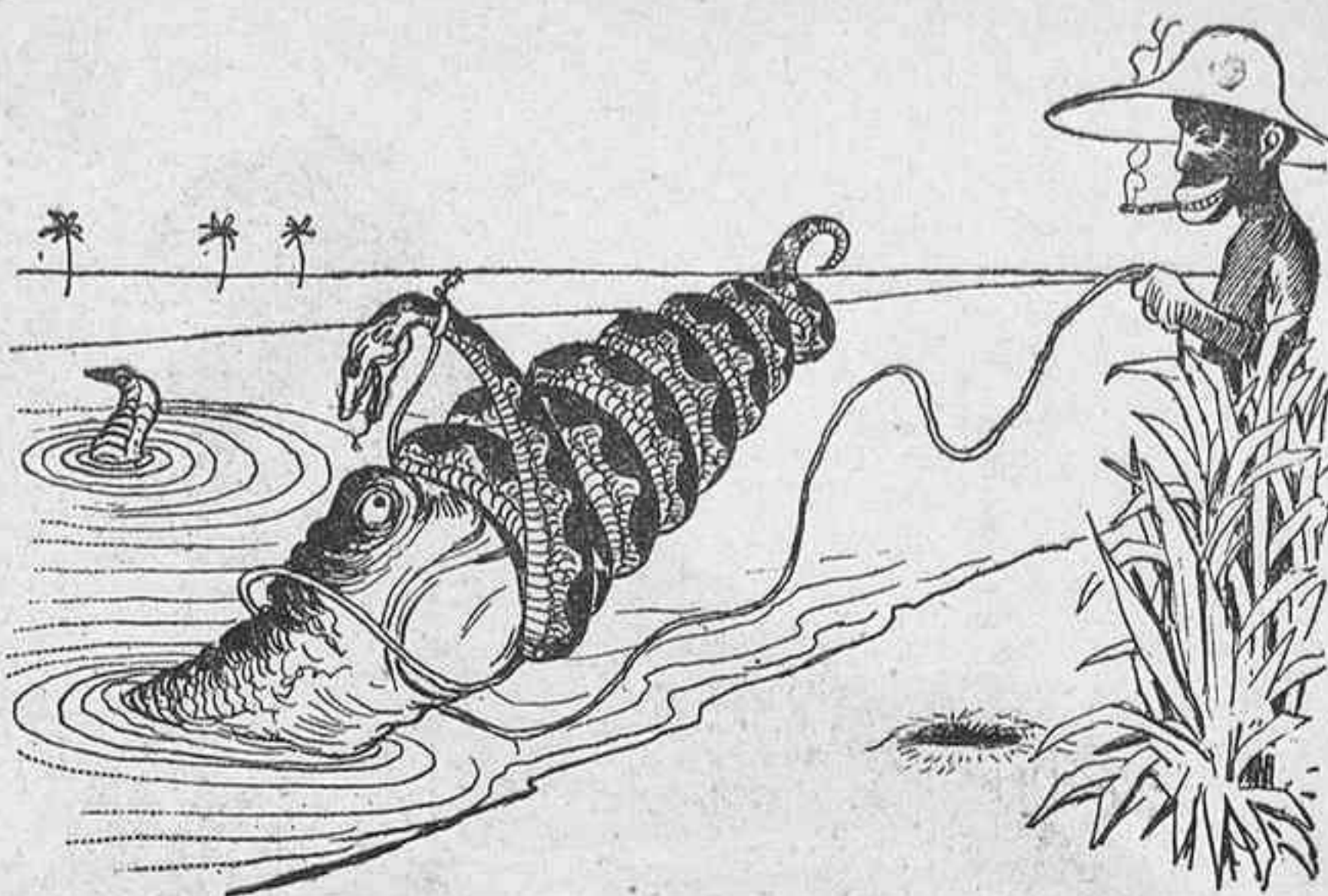
1. - ANTE LOS ADMIRADORES

dental, es decir, debida á agentes circunstanciales, ó sea ajenos á la naturaleza de la fase; mas cuando la división está determinada por principios, por discrepancia absoluta de ideas fundamentales, entonces es total, y al ser total da vida á un nuevo aspecto ó fase. Esta es mi opinión.

Siendo tal mi parecer, he aquí por qué al cotejar sentimientos de unos tiempos pasados á la historia, con otros actuales, procedo á la división. Y doy nombre á la tercera fase: á la actual, contemporánea, modernísima, ó como quiera llamársele, que el nombre importa poco.

Mas no basta eso. No, no basta por la sencillísima razón de que la Historia exige algo más preciso. Para sus fines determinados necesita fechas claras y terminantes. Y las necesita, porque si así no se hiciera, amalgamariáanse en confuso montón hechos y hechos, sin unión alguna entre sí, y faltos de unidad los sucesos, desuniríanse los criterios y ningún provecho sacaría la Humanidad.

Obligado á precisar, dos grandes hechos se ofrecen á mis ojos: uno puramente histórico, otro puramente literario. El primero, la Exposición Universal, el segundo, la muerte de Ixart. Aquélla con sus palacios, exhibiciones, festejos, y demás secundarios motivos, trajo los primeros gérmenes del cosmopolitismo. Con Ixart muere el his-



- 5 -

### Indirecta.

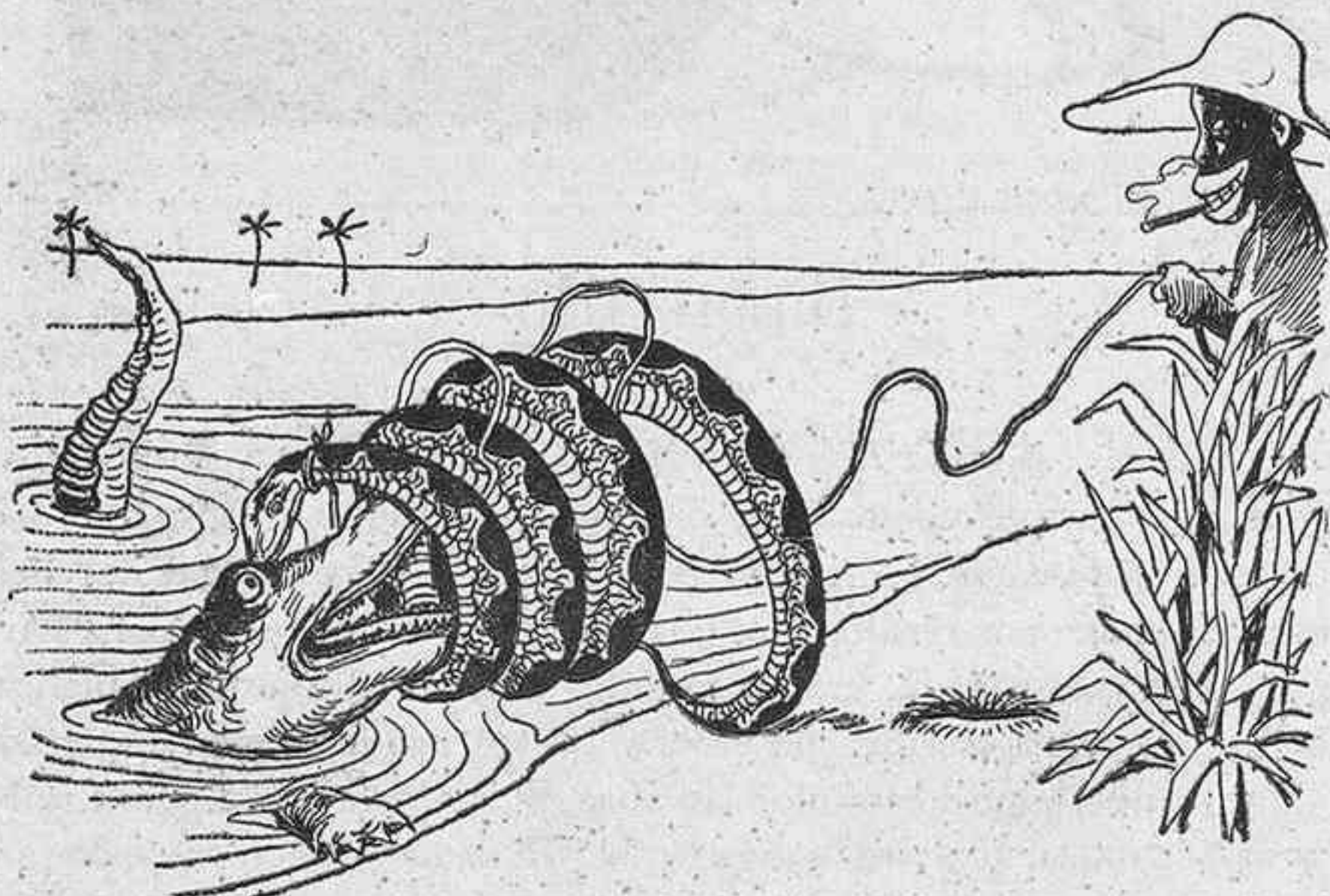
En la puerta de su casa,  
el avaro don Crispín  
tiene un hirsuto mastín  
que asusta á todo el que pasa.

Y si terrible es el bicho  
por irse á la gente recto,  
lo asqueroso de su aspecto  
no es siquiera para dicho.

Por algo Inés, la garrida,  
la serena, la agraciada,  
temiendo verse manchada  
más que sentirse mordida,

exclamó, arrugando el ceño:  
—¡Lejos de aquí, maldecido,  
que parece que has salido  
del corazón de tu dueño!

V. TOSCANO QUESADA



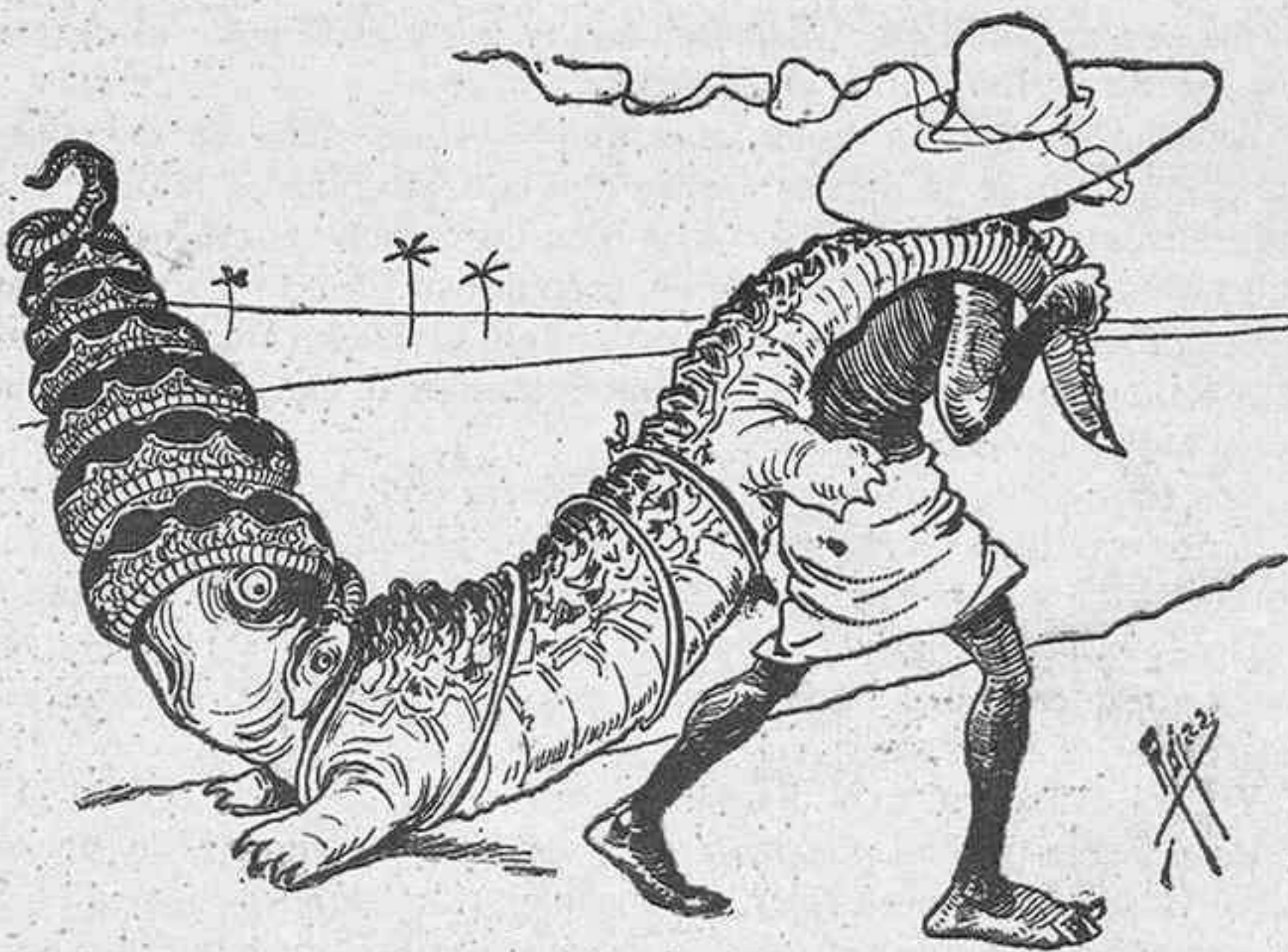
- 4 -

toriador del renacimiento literario político de Cataluña. Elijo el segundo, ocurrido en 25 de Mayo de 1895. Ciertamente, al fallecimiento de Ixart, Pompeyo Gener y Rusiñol habían proclamado una parte considerable de las ideas importadas de París, pero eran semillas sembradas. Aún no habían germinado. Hoy esas semillas han fructificado ya en la juventud y han dado flores.

Flores que compiten con las engendradas por los hijos de los tiempos que fueron. Y la escuela modernista y la escuela parnasiana disputan el cetro en el imperio de las letras catalanas.

Estudiar esa lucha y los intrépidos adalides que la sostienen, es el objeto que me propongo estudiar en sucesivos artículos; éste... y el mucho ímpetu y valor que atesora la segunda generación de la juventud que hoy conquista palmo á palmo la primacía de las letras catalanas.

JUAN OLIVA BRIDGMAN



- 4 -

(Dibujos de Rojas).

por RICARDO MARÍN



2.—PARA HABLAR CON EL MARIDO



3. — DISCURRIENDO SOBRE LITERATURA MODERNISTA

## Desde la primera caja.

(HABLADURÍAS TEATRALES)

En Guadarrama.

Mi querido amigo y paisano. Sin tiempo para quitarme el polvo del camino desde la misma estación del Norte y empleando unos diez minutos mal contados en tomarme en Fornos un café con media de arriba, me zambullí en el Español, donde iba á estrenarse el drama *Electra*, de D. Benito Pérez Galdós.

Te confieso, Ramón de mi alma, que el primer acto me entusiasmó poco, por que si bien es verdad que la exposición de la obra requiere calma y tenacidad para fijar bien los caracteres de los personajes que en la acción intervienen, creo que D. Benito por dar á los tipos la mayor realidad posible, prescinde ó olvida los «toques teatrales» é incurre en el defecto de la monotonía, que perjudica el interés y enfría el entusiasmo.

Los tres diálogos consecutivos de *Electra* con Cuesta, el marqués y Pantoja fatigan mucho por *la identidad*, y eso que la frase es limpia, correctísima y el pensamiento hermoso siempre y á veces profundo.

Desde la mitad del acto segundo empieza la obra á remontarse, hasta que toca al cielo, en el cuarto acto. Un acto digno de Shakespeare.

Y aquí debía acabar el drama.

Pero Pérez Galdós, piadoso y compasivo aun á trueque de perjudicar *su idea*, no quiere dejar en el espíritu del público una infinita amargura y añade un acto para el desenlace que es flojo, por eso, por que la obra ha concluido en el acto anterior.

Claro está que si D. Benito acaba *Electra* en el cuarto acto, el público no se lo hubiera perdonado nunca.

Pero, mi noble amigo, la tendencia de la obra fué lo que verdaderamente sublevó los espíritus é hizo que éstos reventaran de entusiasmo.

Y ahora salimos con esas.

Toleramos en Gobernación á un neo como Ugarte en la Presidencia del Consejo, á un beato como Azcárraga, y en Gracia y Justicia á un cura sin sotana como Vadillo, y nos asusta y aterriza que el frailluco Pantoja maquine indignidades para llevarse á *Electra* á un asilo de religiosas.

Pues algo parecido hizo el jesuita Cermeño con la hija de una respetable dama de la buena sociedad, y esto que se haya sabido, por que figúrate tú lo que harán en *la sombra*.

De todos modos debo confesarte que la noche del miércoles gocé mucho en el clásico coliseo.

Se dieron mueras á la reacción y al jesuitismo y vivas á la libertad y al ilustre autor de *Gloria*.

¡Sí, ¡viva Pérez Galdós! ese soldado insigne de nuestra literatura que se bate á la desesperada, contra el monstruo del clericalismo, que enroscado al cuello de nuestra nación, la asfixia y estrangula.

Aún la mano dura del excelso novelista puede ahogar al monstruo. Secundemos, viejos y jóvenes, al valiente soldado y demos la piel si es preciso, para triunfar en la empresa, que preferible es que una pulmonía contraída al airear la atmósfera impura, nos hunda de un golpe en el sepulcro, á sucumbir lentamente, con la garganta atezada por los repugnantes dedos de la reacción.

¡Gloria al insigne autor de *Electra*!

UN PAISANO DE RAMÓN

## Baturrillo.

Cierto, mi estimado *Don Gil de las Calzas Verdes*: no estudiamos nada ó estudiamos poquísimo y si damos en estudiar, diríase que estudiamos para curas. La falta de cultura, unida á las necesidades del estómago, dan por resultado eso, la crítica barata. Si, en España hay periódicos que pagan... medianamente, pero ¿dónde están aquéllos en que se pueda escribir con entera libertad, á la moderna, sin temor á que se nos llame á capítulo? Hombre, no se meta usted con la religión y la monarquía; no le diga usted á Fulano esas cosas; esto no está mal, pero tiene un saborcillo demasiado naturalista. Resultado: que acaba usted por meterse en casa ó escribir como todo el mundo, diciendo lo que no siente, en letras de molde, pero desquitándose de viva voz en los cafés ó en los pasillos del teatro. René Douwic observa que los más de los literatos franceses son mártires porque fueron educados por clérigos. A nosotros nos pasa lo mismo. Razón por la cual se nos hace cuesta arriba ser francos y sinceros. A esta educación clerical responde nuestro respeto, aparente, á menudo, á la autoridad, sea política ó literaria. ¿Quién se atreve en España á *criticar*—no digo censurar—á Echegaray que ha escrito dramas muy malos y peores artículos científicos? ¿Quién se atreve á decirle á Balart que es un poeta mediano?

Crea usted que lo mismo ocurre en América. Lo primero que le dicen á usted es que la envidia le come, que quiere usted llamar la atención, vulgaridad esta última que mueve á risa. Precisamente para eso se escribe, para llamar la atención... de los lectores.

Es también verdad, mi inteligente *Don Gil*, que la crítica española suele no decir palabra de los libros y de los hombres que realmente valen. Puede que obedezca á nuestra secular dejadez (esta dejadez quizá radique en parte, en el mucho sol que por allá tenemos y en lo poco ó nada *infalible* de las cosas españolas). Por lo común se lee bajo techo ¿y quién diablos se queda en casa cuando brilla el sol en un cielo azul y limpio? En Inglaterra se lee mucho, debido acaso á lo inclemente del clima. ¿Quién sale á la calle con aquella bruma pegadiza?

Estudios serios, científicos... ¡Que si quieres! Nuestra facultad *maitresse*, que diría Taine, es la imaginación, la cual nos hacer ver falsamente la vida, los sentimientos y los hombres. Somos naturalmente ilusos y lo inherente de la ilusión es que no corresponde con el objeto *presente*, como la sensación normal. La ilusión adultera la realidad. Habitados á *soñar*, se nos hace *penoso* meternos en el alma ajena; dejar el curso de sus ideas, de sus emociones, de sus imágenes.

*Centros de corrupción pedagógica* llama usted á la Universidad y al Instituto. Verdad. ¿Qué imagina usted que me preguntaron en la Universidad Central cuando me gradué de abogado? ¡Si creía en la infalibilidad del Papa! Componían el tribunal el marqués de Vadillo, el P. Cafranga y no recuerdo quién otro. ¡Figúrese usted! Precisamente en aquellos días acababa yo de leer el *Origen del hombre*, de Darwin...

Siga *Don Gil* por donde va. Duro y á la cabeza. Y que arda Troya.

FRAY CANDIL

Junto á la fosa.

Desde aquella tarde  
tóo el año lo mismo.  
Al rayar el día  
se va el probetico  
hacia el Camposanto  
y allí está metío  
hasta que la noche  
le devuelve al nido  
en donde le esperan  
sus amantes hijos,  
su adorada esposa  
y un tierno cabrito  
que exclama humeante

sobre mantel níveo:  
—«¡Ya podéis comerme  
que estoy sabrosísimo!»  
Como el hombre sube  
tan desfalleció  
se sienta á la mesa,  
cena de lo lindo,  
se relame y bebe  
igual que un mosquito.  
Gruñe á la parienta,  
da un beso á los chicos,  
se marcha á la cama  
y duerme tranquilo

hasta que su cónyuge  
le dice al oído  
con delicadeza  
dándole un pellizco:  
—«¡Arrea pá arriba  
que ya son las cinco!»  
En un periquete  
hace su atavío;  
se va á la cocina,  
mata el gusanillo  
con un latigazo  
de aguardiente amflico  
que tira de espaldas,

se limpia el hocico  
con la manga izquierda,  
enciende un pitillo,  
coge su garrota  
y toma el camino  
que ha de conducirle  
al triste recinto  
en donde se albergan  
los restos queridos  
de su viejecica  
y del primer crío  
que en su matrimonio  
tuvo el probetico.

Y así tóo los días  
hasta el infinito,  
cuando el sol abrasa  
y cuando hace frío,  
desde aquella tarde  
en que Basilio  
el alpargatero,  
su cuñio pultico,  
estando de alcalde  
en el municipio  
le nombró portero  
del fúnebre sitio.

RICARDO DE ZAVALA

Correspondencia particular.

B. L. M.—Madrid.—Ya hablaremos de eso cuando las circunstancias lo exijan; ahora es un poco prematuro. Y B. L. M. al señor B. L. M.

UGENIO Y TAL.—Málaga.—Abusa usted de los consonantes en *al*. En cuarenta versos que tiene la composición, cuenta dieciséis consonantes en *al*. Véalos usted: *crystal, material, rural, venal, Leal, junca, mal, pedestal, matinal* (segunda vez), *carcamal, desleal, penal, invernal, tal, celestial y matinal* (tercera vez).

S. F. P.—Madrid.—Imitaciones de López Silva con poca gracia no pueden admitirse. Precisamente la gracia es el único salvoconducto que tiene el género.

DOLORES DE MUELAS, Jamás los sufre, quien usa á diario, el único dentífrico higiénico *Licor del Polo de Orive*, 6 rs. para dos meses.

Q. L. B.—Se publicará *La mata de pelo*. El artículo, *non*.

N. H.—Madrid.—¿Cuento viejo y mal contado?... A otro can con ese hueso.

ERCE.—*La Bañeza*.—Dice usted:

*Por eso de sus juicios  
nadie hace caso,  
porque todos los forma  
por boca de ganso.*

Basta.

QUERIEN.—Cartagena.—Entérese de lo que digo á N. H., y aplíquese el cuento... viejo.

EGO.—Madrid.—El epigrama es flojo, y la forma más floja todavía. Lo siento.

NO ES MÉRITO COMPETIR géneros de pacotilla sino abaratar los superiores como el Agua de Colonia de Orive. Frascos desde 3 rs. Perfumerías.

A. F. M.—Madrid.—Empieza usted diciendo:

*No tengo padre ni madre,  
ningún pariente ni amigo,  
ni nadie que me consuele  
cuando el corazón me duele.*

Y el que empieza así, no puede acabar bien de ninguna manera.

RIVERA.—Córdoba.—Aparte de mí ese cáliz de la amargura. ¡Una imitación de *La Araucana*! ¡Ciento cuarenta y dos octavas reales! Que la lea el Nuncio apostólico ó el Conde de Caserta.

M. D. E.—Empezaba á leer *Pobre niña*, y al octavo verso exclama usted:

*Que ¡vetel, dicen, porque aquí no hay nada,*

y claro está, me voy.

ABURRIDO EL MÉDICO de recetar todos los *antirreumáticos*, usa el *Bálsamo de Orive* y entonces triunfa, se acredita y es bendecido. Farmacias.

TITO.—Valladolid.—Un romance aconsonantando los dos primeros versos, tiene que ser malo forzosamente. Sin embargo, tiene usted buen oído y mide bien. Falta un poquito de cuidado al escribir.

I. J. G. DE L.—Madrid.—Acabo yo de hacer con sus versos lo que aconseja usted á Elena que haga con el reloj. ¿Me entiende usted?

FRANCLÍN.—No sirve nada.

FRAY HOMOBONO.—No está mal, pero, ¿dónde salta el chiste? Ni con cerillas he podido encontrarle.

X.—Oviedo.—No me parece de la índole del periódico.

PROCLÓ.—Jaén.—Se publicarán algunas de sus *Picardías*. Todas no.

G. L.—Torrelavega.—¡Ladrones!

MAESE LIRÓN.—Cádiz.—Mande la firma, Creo reconocerle. Usted está en Cádiz como yo en China. Y no digo más, señor T. Q.

IZÓN.—Cádiz.

*Dicen que es la muerte segura  
de la gran reina Victoria,  
pues no podrá disfrutar  
de las minas de Pretoria.*

Conformes. Usted versifica mal, pero dice verdades que aterran.

ZAMBOMBA.—Sevilla.—Eso digo yo ¡Zambomba!

R. I. M.—L. O.—CAÑI.—PIPETA.—M. M. N.—K. T. TO y ENEAS.—Madrid.—Nada, que no puede ser. ¡Y lo siento, vive Dios!

En el año 2000.

5]

(FANTASIA NOVELESCA POR E. BELLAMY)

—Habéis echado un buen sueño de doce horas—dijo alegremente.

—Veo que esto os ha hecho bien. Tenéis mucho mejor aspecto.

Vuestra tez está fresca, vuestros ojos claros. ¿Cómo os sentís?

—Jamás me he encontrado mejor—respondí enderezándome.

—Supongo que no habéis olvidado vuestro primer despertar, y vuestra sorpresa cuando os dije el tiempo que habíais dormido.

—Creo que me habéis hablado de ciento trece años...

—Eso mismo.

—Admitiréis—dije con una sonrisa irónica—que la historia es algo inverosímil.

—Admito que no es extraordinaria; pero, dadas las circunstancias, ni es inverosímil, ni está en contradicción con lo que sabemos hoy del estado letárgico. Cuando el letargo es completo, como en vuestro caso, las funciones vitales quedan enteramente suspendidas, y los tejidos no se consumen. No se puede señalar ningún límite á la duración posible de un sueño letárgico, cuando las condiciones externas protegen el cuerpo contra las injurias atmosféricas ú otras. Verdad es que vuestro caso de letargia es el más largo de que conservo memoria; pero si la casualidad no hubiera hecho descubrir la habitación en que yacíais, y si ésta hubiera seguido intacta, no hay ninguna razón para que no hubiéseis permanecido indefinidamente en ese estado de vida suspendida, hasta que el enfriamiento gradual del globo hubiera destruido vuestros tejidos y devuelto al alma su libertad.

Si verdaderamente era yo víctima de una farsa, debían reconocer que habían tenido mano singularmente dichosa en la elección del actor principal.

Las maneras de este personaje eran dignas, y su lenguaje tan mesurado y tan elocuente, que fácilmente se le habría creído bajo su palabra, si se le hubiera ocurrido sostener que la luna era un queso de Holanda. La sonrisa con que yo subrayaba su hipótesis de letargia, á medida que la desenvolvía, no pareció turbarle lo más mínimo.

—Acaso—dije—tendréis la bondad de darme algunos detalles sobre las circunstancias misteriosas en que hicisteis el descubrimiento de

mi alcoba y de su contenido. Me gustan mucho los buenos cuentos.

—Ningún cuento—dijo gravemente—es tan extraño como esta verdad. Es preciso que sepáis que desde hace años, acariciaba yo el proyecto de hacer construir un laboratorio de química en el gran jardín unido á esta casa. El jueves último se comenzaban al fin las excavaciones en la cueva; fueron terminadas la misma noche, y los albañiles debían venir al día siguiente. Pero la noche del jueves llovió á mares, de suerte que, el viernes por la mañana, mi cueva no era más que una balsa, donde flotaban restos de muros derrumbados. Mi hija, que había ido conmigo al lugar del siniestro, me llamó la atención sobre un lienzo de albañilería antiguo, puesto al descubierto por la caída de uno de los muros. Levanté un poco de tierra, y, reconociendo que aquello formaba parte de una gran construcción, resolví continuar mis investigaciones.

Los obreros encargados de escombrar descubrieron una bóveda oblonga de unos ocho pies de profundidad, y evidentemente colocada en el ángulo de los sótanos de una casa muy antigua. Una espesa capa de cenizas y de carbón indicaba que la casa había sido destruida por un incendio. La bóveda, por sí misma, estaba intacta, y la cubierta de cemento como nueva. Había allí una puerta, pero no quería ceder á nuestros esfuerzos, y, para entrar, hubo que quitar una de las piedras que formaban el techo. El aire que salió por aquella abertura era estancado, pero puro, seco y templado.

»Bajé con una linterna en la mano, y me encontré de pronto en una alcoba amueblada al estilo del siglo XIX. Sobre la cama yacía un joven, muerto, según todas las apariencias, hacía más de cien años.

Sin embargo, el estado extraordinario de conservación del cuerpo me chocó, así como á los colegas á quienes había hecho llamar. Jamás habríamos creído que los procedimientos de embalsamamiento estuviesen tan perfeccionados en semejante época. Mis colegas, apremiados por la curiosidad, quisieron entregarse inmediatamente á experiencias que les aclararan el secreto de aquellos procedimientos. Pero yo lo impedí, sin otro motivo (al menos no tenéis necesidad de conocer otro por el momento) que el recuerdo de lo que había leído so-

bre los extraordinarios progresos realizados por vuestros contemporáneos en el estudio del magnetismo animal. La idea de que pudiérais estar únicamente en catalepsia atravesó mi espíritu, y me pareció posible que la integridad física, tan notable, de vuestro cuerpo, fuese efecto, no del arte de embalsamar, sino de la misma fuerza vital.

»Sin embargo, me parecía á mi mismo tan excéntrica esta idea, que no quise exponerme á la risa de mis colegas, y les di otra razón para aplazar vuestras experiencias. Cuando se fueron, organicé inmediatamente una tentativa sistemática de resurrección, cuyo feliz resultado conocéis.

Aun cuando la historia hubiera sido todavía más increíble, el relato circunstanciado, las maneras dignas y persuasivas, toda la personalidad del narrador, habrían hecho vacilar al oyente más escéptico. Comenzaba á sentirme turbado cuando, terminado el relato, me vi, por casualidad, en un espejo que había enfrente. Me levanté para mirarme más de cerca. Ni un rasgo de mi rostro había experimentado la

menor alteración. Me veía tal y tan joven como el día en que había hecho cuidadosamente el nudo de mi corbata para ir á ver á Edith el *Día de decoración* en 1887, es decir, á creer á aquel hombre; ¡ciento trece años antes! En aquel momento me hirió más vivamente la enormidad de la farsa que se representaba á expensas mías. Salté con indignación, iba á estallar. Mi huésped notó el movimiento.

—Estáis, sin duda, sorprendido—me dijo— al ver que, después de haber dormido durante un siglo ó más, vuestros rasgos no han envejecido ni una línea; pero vuestro asombro no está justificado. Habéis sobrevivido tantos años, gracias á la suspensión total de las funciones vitales. Si vuestro cuerpo hubiera podido sufrir la menor alteración durante vuestro letargo, hace mucho tiempo que se habría descompuesto.


(Continuará.)

MADRID: 1901.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

**MADRID**  
Tres meses, 3,50 ptas.—Sols id., 4,50.—Año, 8.  
**PROVINCIAS**  
— Semestre, 5 ptas.—Año, 9. —  
Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 mjm

**M**adrid Cómico  
OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

**UNION POSTAL**  
— Un año, 15 pesetas. —  
**VENTA**  
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25  
Anuncios extranjs: Ptas. 0,35 línea de 45 mjm

**GARGANTA Y TOSES SE CURAN CON LAS PASTILLAS PRIETO**  
NO CONTIENEN CALMANTES NOCIVOS  
De venta en todas las farmacias.  Caja, una peseta.

**BIBLIOTECA MODERNA**  
ILUSTRADA

Obras publicadas por esta Biblioteca á 50 céntimos volumen.

- I.—A. Palacio Valdés.—*Sedución.*
- II.—Jacinto Benavente.—*Noches de verano.*
- III.—Juan Valera.—*Asclepigenia.*
- IV.—Salvador Rueda.—*Piedras preciosas.*
- V.—Benito Pérez Galdós.—*La novela en el tranvía.*
- VI.—Jacinto O. Picón.—*La Vistosa.*

Se remite á provincias, franco de portes, enviando los pedidos, acompañados de su importe, al administrador de MADRID CÓMICO. Si se quiere recibir certificado aumentese al pedido 25 céntimos.

**USE USTED**



**ECHEANDIA**  
2, Arenal, 2.

**BERNABÉ MAYOR**

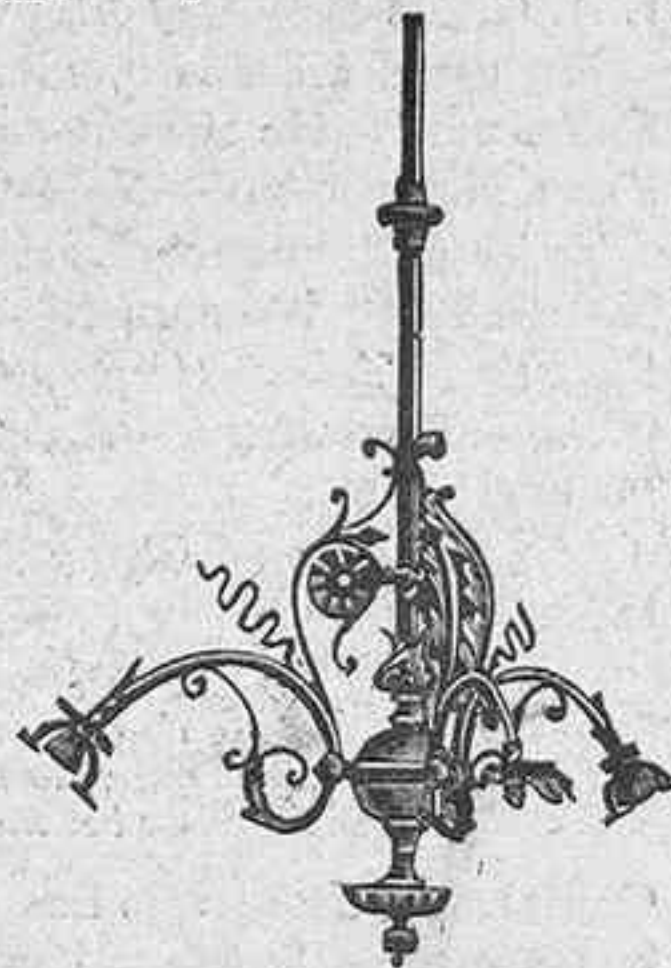
3, ESPARTEROS, 3

MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.  
Ferretería, metales, utensilios de cocina.

**LUZ ELÉCTRICA**

Catálogos ilustrados gratis.

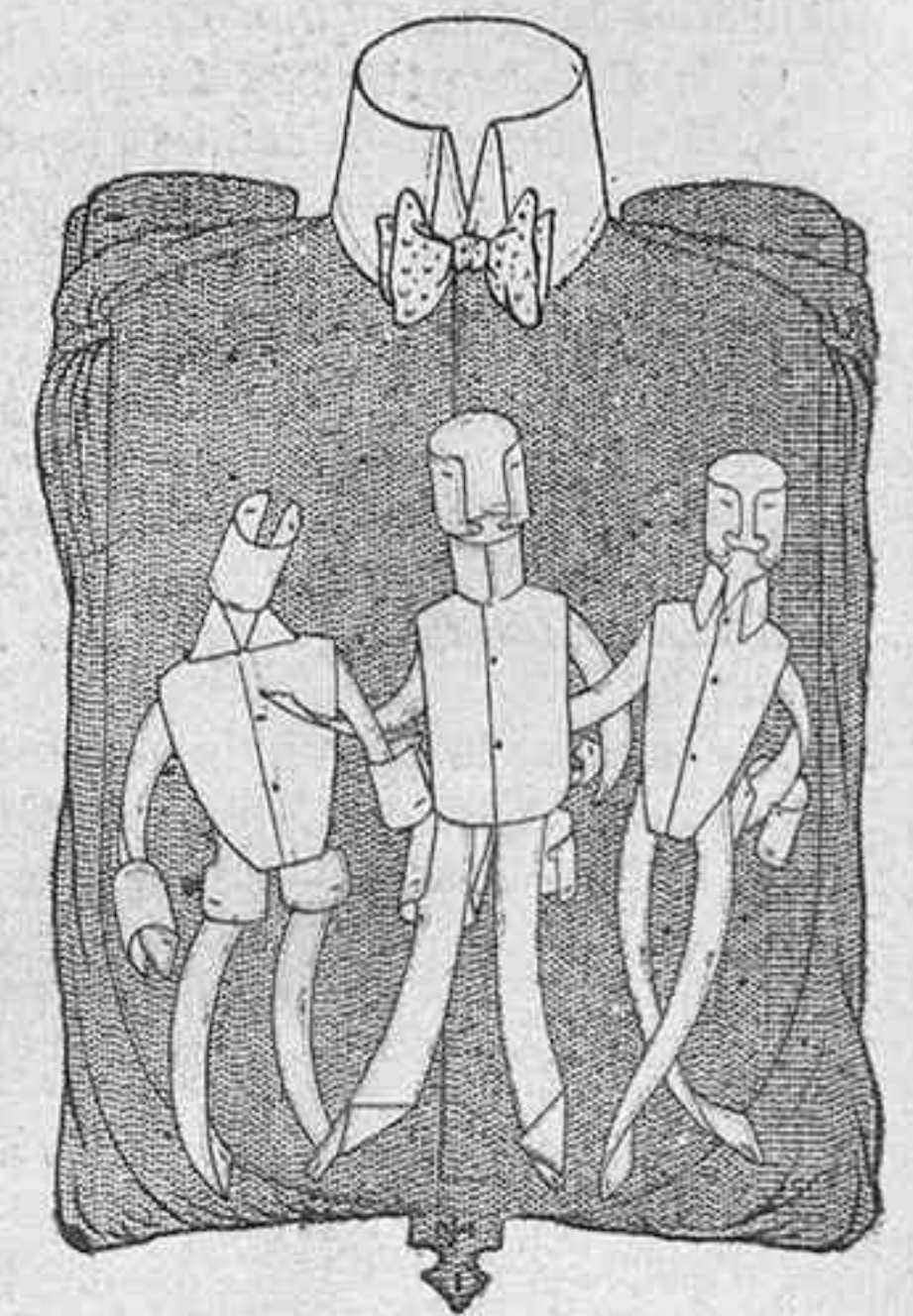


**DR. GARRIDO**

28 AÑOS HACE ME ESTABLECÍ  
La consulta, como la farmacia, cada día se ven más favorecidas por el público más distinguido de Madrid. Gracias, y adelante.—LUNA, 6.

**SERVICIOS FÚNEBRES**

*La Soledad*  
DESENGAÑO - 10.  
TELÉFONO 205



**OBSTACULO**

—¿Cómo quieres que te quiera?  
¿Cómo quieres que te estime,  
si sé que no usas camisas  
de la casa de MARTÍNEZ?

2, San Sebastián, 2

**CORSÉS**

Ultimos modelos de París y novedades para los corsés á medida, desde los más económicos á los de más alto precio.

**REGÚLEZ**

9, BORDADORES, 9



**HOTEL DE VENTAS**

Muebles y objetos enajenados por sus propios dueños.

Los hoteles de ventas oficialmente constituídos se hacen necesarios en todo país civilizado, á pesar de sus detractores é hipócritas imitadores, porque facilita la transacción noble entre el comprador y vendedor. A las familias que lo necesiten en el acto, el Hotel de venta les adelanta el 25 por 100 del precio en tasación convenida, y asegura venta de todo en el término de tres días.

Todo el público práctico de Madrid acude á diario á estos salones á comprar lo que necesita con ventajas siempre positivas.

**VENTAS al contado con precios fijos,**  
de 8 de la mañana á 8 de la noche.

**ATOCHA, 34**

HORAS DE OFICINA: de 9 á 12 y de 3 á 5.  
TELÉFONO 860

**MATÍAS LÓPEZ.**—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.

